

VISTAZOS A LA SENDA

DUALIDAD.

¡Qué mañanita aquella! . . . Era el frío un erizo que me pinchaba despiadado, rodando por toda la piel enrojecida. Hacía turno en el umbral desmenuzado de una escuela perdida entre fábricas y fondines. Avellaneda. ¿Para qué añadir más?

Apoyada en el portón carcomido por las llamaradas de la herrumbre, sentía la espalda como esponja rezumante de humedad.

Delante mío, con las gorras hundidas hasta los ojos sombreados de insomnio; amarillentas, arrugadas, magras las mejillas; azogadas las carnes bajo las telas rotas como sus vidas, desfilaban los trabajadores, casi todos venidos del lejano terruño en pos del fugitivo bien. Algunos criollitos, con tono insolente, me exasperaban así:

—No sós fea, chica, para ser maestra.

O sino:

—¿Por qué les tirás de las orejas a los pibes, te creés que los vas a desasnar? . . . Desasnarías. . .

Mi espíritu era un limón agraz. Sin importarme reglamento alguno entré; pero la oleada rancia que despedía el vetusto edificio me hizo volver sobre mis pasos.

Sentía un fuerte nudo en la garganta y demasiado tibias las pupilas. . . Mis dieciocho años lloraban su decepción, sus mustias esperanzas, sus destrozadas quimeras caídas como frágil torrecita de naipes al primer choque con la realidad.

Todo parecíame misérrimo, odioso, gris. El desengaño ins-

pirábame ideas y visiones poco consoladoras, que me hundían en ambiente de pesadilla; así la casona escolar de arcadas asimétricas, ventanas carcelarias, puertas chatas, cansinos muros sombreados de ondulante musgo, el patio, desteñido muestrario, avivaban en mi recuerdo una borrosa imagen de la historia colonial.

Ya cercano, un grupo de chicuelos con las carteras (que fueron en felices épocas) bajo el brazo, jugaban al "fóbol" con ardor tarasconiano.

En sus zapatillas las costras de barro formaban capas geológicas. Sus caladas medias, el delantal, guiñapo vencedor en la troya diaria, los retorcidos cuellos y la gorra amorfa, producían una deformación evidente en sus cuerpos, lucios de por sí o de tosca robustez.

Pero sus miradas, reluciendo ternura ingenua, me enternecieron, vibrando, pese mi mal humor, la fibra maternal que es, en el cordaje de nuestros sentimientos, la más delicada e impresionable.

La campana, capaz de hacer comprender a un Pinocho la teoría de Einstein: "Todo es relativo" (el bronce es y no es sonoro), nos llamó con ¡paff!, ¡paff! desconcertantes. Y entonces, trasvasado el espíritu al molde del deber, que es resignación, entré con faz serena dejando fuera un mundo de anhelos rebeldes y visiones imposibles.

A la semana, el ambiente de la escuela me parecía un perfume inofensivo; no hallaba tan prehistórico el edificio, hasta éranme graciosas las pullas de los matinales pasantes y toleré el irremediable aspecto de los chiquillos, pues el consejo higiénico no lucha con la miseria. "Todo está como era entonces"... pero un cristal rosado y optimista colorea las cosas desteñidas de otrora.

Hada buena es la costumbre, que enfriando fermentos inútiles, lejos de mecanizar el espíritu lo humaniza habituándolo con la trivialidad de nuestro destino, fraternizándonos con todo aquello humilde y prosaico, una vez desvelada la emoción de belleza que ocultan.

FE

¡Felices aquellos que recibieron el beso luminoso de la fe!

¡Felices aquellos que luchan con ese ideal supremo!

¡Felices aquellos que mueren sonriendo por el reflejo de las visiones dantescas que afloran en sus estanques interiores ante la proximidad inviolada del Tránsito!

¡Oh, si lográramos perfumar el alma con la esencia de la primera virtud teologal!

¡Profunda noche la del escepticismo para que el rezo pueda disipar sus tinieblas!

El incienso de la creencia forjada huye pronto por el efugio de las decepciones cotidianas y en la duda nos debatimos eternamente, cual ciegos no resignados a perder su lazarillo.

Si Dios es, ¿por qué reparte elíseas esperanzas entre sus más pobres criaturas o desvela arcanos a sabios y filósofos, y a nosotros, seres de psicología imprecisa, que somos no siendo, nos hunde con la idea de esta existencia vacía, coronada de compensaciones materiales y efímeras, que nos hacen debatir entre el *De omni re scibili* y las posibilidades de un "no sé qué" resonante en el pecho como una carjada en la lejanía?

Shakespeare dice: Ser o no ser. Yo antepongo a este problema: Creer o no creer; pero jamás dudar.

CHARLAS.

En amigable rueda destilábamos gotas de la garrafa siempre rebosante del amor.

Se dijeron nimiedades, como es lógico suponer escapen de bocas femeninas, que esperan cualquier pretexto para mostrar la porcelana oriental de los dientes. Los jóvenes, haciendo gala de ultramoderna descortesía, asustaban con despotismos a lo Otelo cuando no a lo Barba Azul. Felizmente, cuando ya las primeras escaramuzas daban en trocarse con perspectivas de batalla, pues cada una de nosotras se creía nueva amazona, algunas veladas alusiones causaron el desbande. He aquí concretado el tema:

¿El amor puede esclavizar a la mujer, haciendo que claudique ante el hombre amado? No y No. Cuando dos seres se

aman, no hay vencedor ni vencido, tirano ni esclavo, dios ni hombre, pues Cupido coloca un peso intangible de ternura que nivela las diferencias existentes.

Admitamos la supremacía de una norma filosófica, la égida paterna, por reconocimiento o necesidad; los hábitos, porque son parte de nosotros mismos; pero nunca el predominio de un ser sobre otro cuando ambos están unidos por esa especial manifestación de sensibilidad.

Eros debió ser en el Olimpo el más democrático de los dioses. El nos eleva aproximándonos, y si esto no acaeciera, hay que poner en aviso al corazón engañado: habrá sugestión amorosa, no el adorable dolor que produce el flechazo certero y eterno.

ANA M. LÓPEZ DE MEDINA.